

el dogma de la Trinidad y nuestra experiencia de una conciencia unitaria; el contraste entre nuestra convicción de la inevitabilidad de la muerte y la fe en la inmortalidad del alma.

El Autor tiene el acierto de no entrar sino sólo indirectamente en la cuestión de la existencia de Dios, pues —como es sabido— entre los norteamericanos y muchos otros éste no es ya un punto discutido; por ello se limita a explicar brevemente las características del ateísmo, especialmente del marxista. La cuestión principal que aborda es esta: «Si hay un Dios, ¿existe alguna razón para suponer que el cristianismo es verdadero?» (p. 128). Para responder a esta cuestión se subraya el efecto positivo que la fe cristiana ha tenido en la moralidad del mundo occidental, en el desarrollo de la noción de *persona* a través del dogma trinitario. Es decir, sus argumentos en pro de la racionalidad del cristianismo son fundamentalmente históricos.

En realidad, como se aclara en las páginas finales de este libro, más que demostrar la racionalidad de la fe cristiana, se pretende mostrar que, enfrentada a los hechos históricos, resulta lo que «puede ser denominada la mejor explicación» de ellos (p. 143).

Aunque sin un valor teológico relevante (no entra en discusión con los más conocidos filósofos de la religión contemporáneos), esta obra es un ejemplo de ese género teológico nacido en los primeros siglos de la era cristiana: la apología. Como tal, tiene un valor relativo en cuanto se dirige a un grupo determinado de personas —hombres relativamente cultos y con una buena disposición de discutir los prejuicios dominantes en su ámbito cultural. En este sentido el libro de Meynell tiene su valor característico, acentuado por su conocimiento de los plantea-

mientos en boga, de las raíces que tienen en la historia del pensamiento y por el ingenio y sentido común que en el mismo desarrolla.

J. M. Otero

Heinrich OTT, *Apologetik des Glaubens. Grundprobleme einer dialogischen Fundamentaltheologie*, Wissenschaftliche Buchgesellschaft Verlag, Darmstadt 1994, 212 pp., 14, 5 x 22.

El Autor es Profesor de Teología sistemática en Basilea y ha publicado varios estudios sobre pensadores modernos, además de una síntesis de teología dogmática a la cual ha querido también titular con el calificativo de *dialogal* o *dialogante*. Su pensamiento se mueve dentro de unas coordenadas amplias, que incluyen el conocimiento de Rahner y de otros teólogos católicos, aunque el *humus* de su teología sea netamente protestante.

Al igual que la calificación típica de Wandelfels (teología fundamental *contextual*), el carácter dialogante de la teología —o la necesidad de pensarla en un contexto cultural e históricamente actual— es quizá una redundancia: una teología no dialogante o descontextualizada (elaborada en un plano atemporal, que no tuviera en cuenta la situación y los problemas del hombre actual) no sería auténtica teología. Esto es consecuencia de la vocación sapiencial que es innata al quehacer teológico, vocación que implica el esfuerzo por estar al tanto de los avances capitales de la cultura humana y del dialogar con los demás científicos —en especial, con los dedicados a las Humanidades—, con la esperanza de que en dicho diálogo se enriquezca el pensamiento teológico y a la vez se estimule

la investigación de algunos científicos hacia objetivos de gran interés que ellos, sin embargo, no habían aún percibido.

Pero, como el Autor confiesa, esta dialogicidad típica de la teología católica, está muy lejos de la concepción teológica de su maestro Karl Barth. H. Ott asume como programa teológico el diseñado por Barth, pero pretende también avanzar en este proyecto dialogante de la teología, convencido de que «fe e *incredulidad* tienen un fondo de realidad en común» (p. 7). En este sentido es posible una «apología de la fe», entendida no como defensa polémica de sus contenidos contra cualesquiera ataques de fuera, sino como respuesta fundamentada a los interrogantes que la fe suscita entre los no creyentes.

Esta fundamentación de la fe («*Rechenschaft*») se ha de basar, según Ott, en un contexto personalista, en la experiencia del diálogo interpersonal y no tanto en una confrontación con la metodología de las ciencias naturales (Hans Albert).

El fundamento teórico para llevar a cabo dicho proyecto sería construir una «fenomenología de la fe», entendida como acto existencial. Ott incoa algunos de los conceptos fundamentales de esta fenomenología: autorrevelación divina, *vis-à-vis* de lo invisible, creer como praxis personal o actividad interior...

Hablar de *apologética de la fe* remite a la necesidad de poder verificar las afirmaciones teológicas, no en forma demostrativa, sino —como ya se ha dicho— bajo la forma de una *fundamentación*, lo cual quiere decir que las sentencias teológicas son susceptibles de ser en cierto modo *fundamentadas*. Esta fundamentación es la posibilidad de ejercer sobre ellas un control desde los postulados de la tradición bíblica y eclesial. Ott entien-

de, sin embargo, que el objeto de control teológico no son propiamente sentencias o dogmas, sino más bien *símbolos* o *imágenes* que tratan de expresar la verdad del Misterio. Es decir, su visión de la teología es fundamentalmente «no posicional, no proposicional» (cfr. pp. 134 ss.), y por lo tanto esencialmente historicista. Esta es la clave para entender hasta qué punto el *diálogo* con la cultura contemporánea —entendido como asunción de sus categorías y simultáneamente fuente inspiradora de éstas— es esencial a su concepción teológica; todo se supedita a que el discurso teológico sea en cada época «existencialmente relevante» (p. 158), y para ello la teología debe considerarse fundamentalmente como una disciplina hermenéutica.

La fenomenología de la fe propuesta por Ott asume plenamente la «reducción fenomenológica» propuesta por Husserl, de modo que el teólogo debe describir, por ejemplo, qué es la oración prescindiendo de la cuestión ontológica de si existe o no el Dios al cual oramos. Sólo así —se afirma— será fructuoso un diálogo con quienes no comparten las convicciones subjetivas del cristiano.

Cabe preguntarse si tal reducción existencial es compatible con la auténtica vivencia de la oración y de la fe. Porque el cristiano que confiesa su fe de modo teórico o práctico —como ya advirtió Tomás de Aquino— dirige intencionalmente su espíritu al ser mismo, a la realidad divina como tal. En este caso, prescindir de esta característica esencial de la fe, ¿no lleva inmediatamente a desnaturalizarla? ¿No supone ya el fracaso a la hora de determinar cuál es su formalidad característica, tal cual es la finalidad del método fenomenológico?

J. M. Otero